ENRIQUE GONZÁLEZ PEDRERO

# REFLEXIONES BARROCAS

*¡Ay de la religión o de la sociedad que no tiene imágenes!*
Octavio Paz

1. CUANDO DECIMOS QUE EL MUNDO moderno nace con la Reforma hablamos con la verdad pero esa verdad hay que desarrollarla de inmediato para que no se vuelva trillado lugar común. Toda la porción norte del continente Europeo, el mundo anglosajón que vació las iglesias, comienza a introducirse en la historia y a transitar no sin torpezas en el ámbito de la dinámica, de las máquinas, de la velocidad creciente de las urbes. En cambio, los países "latinos" van a permanecer en el catolicismo, en la tradición, en la densidad meridional, en la Contrarreforma. Me refiero a España e Italia y a parte de Francia —que es mediación—, porque Francia fue desgarrada por las luchas religiosas entre hugonotes y católicos. Será su parte hugonote la que le servirá para ingresar directamente en los tiempos modernos, mientras que el catolicismo fortalecerá su costado latino.

Lo moderno es ligero y busca la recta: la línea y la "recta razón". En cambio la tradición, la pasión iba yo a escribir, es densa y busca la curva, el círculo, el laberinto: inventa el barroco.[1] El protestantismo acaba por desembarazarse de la densidad de la Iglesia y de sus grandes dignatarios. Por hacer del individuo pensante de Descartes, que devendrá el débil junco de Pascal, el ser que busca con angustia y desesperanza comunicarse con Dios. Y un hombre así "privilegiado" es un ser que porfía: *in God we trust and God trusts us*. Ese hombre irá sustituyendo paulatinamente a Dios: irá representándolo cada vez más eficazmente en la tierra.[2] En el protestantismo, "cada hombre es su propio sacerdote. No puede acudir como nosotros cuando el pecado nos doblega, a ningún *cura*, porque la *cura*, el cuidado de sí sólo a él incumbe. Religión sin caridad, de hombres desolados, condenados a perpetuo aislamiento".[3]

2. Reforma y Contrarreforma son, pues, los puntos claves para abrirnos y explicarnos menos al mundo de ayer cuanto, sobre todo, al mundo de hoy. El protestantismo ayudó a los pueblos que lo adoptaron a desplegar capacidades y vocaciones que ya tenían: Alemania, Suiza, Holanda, Inglaterra, Dinamarca, Suecia, Noruega fueron pueblos cada vez más trabajadores, ahorrativos, previsores, ascéticos, fríos. Pueblos que pasaron del campo a la urbe, en mayor o menor grado, y que establecieron en las ciudades el artesanado y, con el tiempo, la manufactura, hasta llegar a las fábricas, a la industria: a la Técnica con mayúsculas. En cambio los pueblos del Sur continuaron en el esplendor y la brillantez de la Iglesia —¿acaso no es hermosa la ceremonia de la misa dominical en una iglesia colmada de flores y con olor a incienso?—, en la magnificencia, en la verdad divina que revela e interpreta una organizada jerarquía, que va desde el modesto sacerdote hasta el Papa, antes poderoso, hoy grandilocuente. En la religión vista como *misión*, que empuja a España a empresas tan gigantescas como la conquista de América para ganar almas, forjar verdaderos creyentes y salvar infieles.

Pueblo de caballeros e hidalgos honorables que no siempre veían el trabajo cotidiano como lo meritorio —recordemos el cultivo religioso del ocio— y que sueñan con la gran empresa histórica, con lo que pocos, muy pocos pueden hacer: la expulsión de los árabes de España, el Mío Cid Campeador: la empresa quijotesca, heroica, imposible: Santa Teresa y San Ignacio sueñan, ambos, en lo de nunca. El pueblo quiere conquistar todo un continente para beneficio de la Iglesia y el Papado, del Imperio Español.

"En este pueblo teocrático, las libertades municipales se desarrollaron prematuramente", dice García Calderón. "Mientras la feudalidad extendía sobre toda Europa su rudo vasallaje, en España se formaban ciudades libres... al cabo de largos años de monarquía absoluta, el antiguo espíritu democrático resucita en las juntas peninsulares contra la invasión francesa... una vida turbulenta nace de esta geografía compleja: lucha secular para alcanzar la unidad nacional, generosa epopeya católica contra el Islam, conquista de continentes misteriosos, tenebrosa búsqueda de la unidad religiosa por intermedio de los autos de fe. La historia misma de Europa se transforma allende los Pirineos. La feudalidad se detiene, la cruzada contra los infieles dura ocho siglos, la religión y el imperio se hacen uno, como en las teocracias orientales. En la riqueza de este desarrollo nacional, persisten esenciales caracteres de la raza que es menester fijar: el individualismo, la democracia, el espíritu local receloso de vastas unidades, el fanatismo africano que encuentra su satisfacción solamente en sensaciones excesivas y soluciones extremas; en una palabra, los dones de una raza grave y heroica, en perpetua lucha vital, arrogante frente a Dios, el Rey y el destino."[4]

3. Son, pues, dos modos, dos psicologías distintas, dos polos, "los dos polos del hombre europeo, las dos formas extremas de la patética continental: el Pathos materialista o del Sur, el Pathos trascendental o del Norte", dos concepciones del mundo diferentes. De esos Pathos distintos, que producen talantes diversos surgen, como comenzamos a ver, concepciones religiosas (y de la vida) diferentes. Ortega y Gasset, recordando una estadía en Sigüenza, "una tierra muy roja, por la cual cabalgó Rodrigo", rememora: "Hay allí una vieja catedral de planta románica con dos torres foscas, almenadas, dos castillos guerreros, construidos para dominar la tierra, llenos de pesadumbre, con sus cuatro paredes lisas, sin aspiraciones irrealizables... la catedral de Sigüenza es contemporánea...

del venerable cantar del Mio Cid... ambos son hijos de una misma espiritualidad atenida a lo que se ve y se palpa. Ambas, religión y poesía, son aquí grávidas, terrenas, afirmadoras de este mundo. Uno y otro, templo y cantar, se contentan circunscribiendo un trozo de vida. La religión y la poesía son para la vida."[5]

En verdad, pocos espacios tan diferentes como un templo protestante y una iglesia católica. Desde que uno entra en la iglesia las pinturas, las estatuas, los altares dorados, los ángeles, las vírgenes ricamente vestidas, las tallas de los santos nos hablan de una riqueza material —que a veces compensa un poco la mar de pobreza circundante— que salta a la vista y que se mete por los ojos. En cambio, cuando vi por vez primera las catedrales vacías por las luchas de la Reforma en Europa, de la tristeza infinita se me cayó el ánimo por lo suelos: aquello era *la* desolación. Comencé a entender, entonces, conceptos que discutía el existencialismo de la época, como la angustia y la desesperanza de Kierkegaard. Algo le faltaba a aquello. Las espaciosas naves carecían de lo que uno —aún el no creyente— está acostumbrado a encontrar siempre en el interior de una iglesia: la vida y la enseñanza de Jesucristo: su muerte. Aquellas catedrales no parecían recintos sagrados: les faltaba la vista. ¿Acaso eran templos para ciegos? En todo caso, eran lugares abstractos, de reflexión tal vez, no para los ojos...

4. Voy al grano: esta cuestión de Aranguren me parece absolutamente pertinente y la traigo a colación porque mucho me ha preocupado de un tiempo a esta parte: "¿No será precisamente la condena que pesa sobre los hombres de nuestro tiempo... el tener que ser católicos *dentro* de una *situación* que podríamos llamar de protestantismo secularizado, la situación efectiva del mundo actual?"[6] Aquí está justamente el planteamiento de lo que le ha ocurrido al hombre latinoamericano, nacido a la vida y a la historia desde el catolicismo español —que viene de antes, que se acendra con la Contrarreforma— y que, sin embargo, tiene que comportarse social, política, económicamente hablando, dentro de una sociedad, una política y una economía que le es dada desde un protestantismo secularizado, que *no es el de su origen*.

5. ¿No se explicará así el desgarramiento permanente, la doble vida, la hipocresía, ese horror que es aparentar, simular que estamos de acuerdo con la lógica de la sociedad industrial, con los valores políticos modernos y con la economía neoliberal contemporánea cuando, en realidad, no se corresponden con el mundo en el que hemos nacido y los valores en los que nos hemos formado? ¿No será esa tendencia a la simulación —para evadir la locura o el suicidio histórico— la que convierte, en cuanto se puede, a la economía en exceso y gasto, a la política en burocracia, a la sociedad en ingrávida y levitante? ¿No provoca esto un conflicto interior muy serio, pues si la levedad de la inteligencia y el sentido común parecen llevarnos de la mano hacia la modernidad en todos sus aspectos, el peso de la historia, en cambio, nos atrae y jala irresistiblemente como el imán al hierro? ¿No es verdad, a la vez, que mientras nuestros pueblos iluminan con brillo propio al mundo contemporáneo en otras actividades, sobre todo las artísticas —novela, poesía, pintura, escultura, música—, en material social, en política y en economía, resbalan constantemente, tropiezan y no caminan y, cuando lo hacen, deben desplegar un enorme esfuerzo para jamás alcanzar el ritmo y la velocidad de otros pueblos en otras latitudes?

Tengo para mí que de ese catolicismo español que nos conquistó, y del contrarreformista que fue parte del sustento espiritual de la vida de la Colonia, se derivaron una religión, una economía, un arte, una vida política, una concepción moral en suma: una sensibilidad y un modo peculiar de ver las cosas en América. No es ya del todo el talante español: el criollo es y no es el español originario: con él comienza el americano. Tampoco es el "indio", previo a la conquista que comenzó el mestizaje. Ahí están, pues, las formas que nos hicieron ser como fuimos hasta la consumación de la Independencia.[7] De ahí en adelante intervienen otras concepciones que comienzan a "orientar" y a influir, desde fuera, de donde se derivan formas híbridas que no serían ya ni las formas originales novohispanas ni las auténticas formas de quienes así nos orientaban, ateniéndose a su experiencia histórica.

6. Brotaron así, *en apariencia*, una economía como la occidental y lo que creíamos que era una política al modo republicano y democrático del Norte del Continente que, también en apariencia, parecían ser simples jalones científicos avanzados y nada más: productos de la evolución y el progreso del mundo. Y, ciertamente, así era. Pero era, también, el resultado de la Reforma luterana que, con el recurso de la razón y de la busca de la Gracia de Dios por el esfuerzo propio, entre otras muchas cosas, hizo posible a la Ilustración y tanto a la Revolución de los Puritanos de Cromwell, como más tarde, a la Revolución Francesa. Formas económicas y políticas que en América se deformaron pero, con todo, tradiciones, culturas, trasfondos religiosos de la mayor importancia que no "casaban" con nuestras concepciones, con nuestro modo de ver y de sentir el mundo y la vida. Empezamos a ser como un "rompecabezas" incompleto, con pedazos que faltaban y que nunca aparecían.

Nacimos a la Independencia con una economía y una política deformes que, en muy poco tiempo, nos deformaron también e hicieron que, paradójicamente, nos alejáramos de los modelos a los que queríamos acercarnos. Y que las instituciones copiadas, colmadas con *nuestros* contenidos, produjeran estructuras duales que querían ser occidentales y que, por las circunstancias, se teñían de otra coloración: los colores de la América hispano – indígena. Así uno era el país legal y otro el país real. Desde ese momento debimos haber aprendido que nuestro camino no podría ser el que nos proponían los paradigmas —que tanto nos atraían y nos siguen atrayendo—: que aquellos eran espejismos y, como tales, vanas apariencias e ilusiones. Que, por más que nos esforzáramos en imitar, la copia no saldría igual: algo de nuestros paisajes, de nuestras enormes cordilleras y volcanes, de nuestros valles y lagos y ríos, de las características e idiosincrasia de nuestra gente, de la suavidad de modos —las carillas indígenas se volverían querubines barrocos en Tonanzintla—, o se colaría en aquellos esfuerzos por reproducir instituciones que jamás serían iguales a las originales, ni producirían resultados semejantes.[8] Queríamos las libertades y normas jurídicas que brotaban de la democracia norteamericana, o del parlamentarismo inglés o del espíritu revolucionario de Francia. Sin embargo, nuestra historia, nuestra sociedad, nuestra sensibilidad, nuestro sentido de la vida nos llevaban por caminos diferentes al del sentido del ahorro y de la acumulación del

Norte del planeta: al del sentido y metas del trabajo y de la historia moderna. Nuestro sentido de la riqueza, del poder y del bienestar, no eran mejores ni peores: eran distintos, como nosotros. En la medida en que nos esforzamos por mantener las formas híbridas, gastamos dinero, esfuerzo y una enorme cantidad de energía para conseguir resultados ridículos que lo único que producen es desánimo y pesimismo, incredulidad y desesperanza. Y de paso, nos empobrecemos, nos disminuimos.

7. Como es bien sabido, pueblos nuestros hay que trabajan (y ahorran) todo el año para "echar la casa por la ventana" en la fiesta del Santo Patrono en donde se gasta lo que (aparentemente) no se tiene. Y después de ese "derroche", de ese "exceso", habrá que trabajar nuevamente para la fiesta del año entrante —si no contamos las fiestas del resto del año— que deberá ser cada vez mejor, cada vez más espléndida. ¿Qué tiene que ver nuestra fiesta con las organizadas formas de trabajo y ahorro calvinistas que impregnaron (y algo más) a las formas económicas (y políticas) del mundo occidental? Un inteligente experto extranjero en estricta lógica (abstracta) podría recomendar la supresión de todos los festejos "inútiles y dispendiosos que hay en los pueblos de México" (véase el texto de la nota 9) como una forma de lograr una mayor producción y productividad. Y es muy posible, si el desatino se siguiera, que algo se lograse de acuerdo con la lógica occidental. Pero ¿con qué costo político y social? Pienso que con un costo muy parecido al que hemos tenido en los últimos años, con las políticas que nos han recomendado las instituciones financieras internacionales.

Esta idea de la Fiesta como "exceso" económico y social es parte de la pasión por la exuberancia del Barroco que nos viene de España y que en la Nueva España encontró singular acogida y despliegue —aunque con un sentido económico tal vez distinto—[9] igual que el gusto por el teatro y el espectáculo que son otras tantas manifestaciones de la fiesta barroca, cuyo boato y artificio son muestra de la magnanimidad y poderío social del que la ofrece y, a un tiempo, de su "poder sobre la naturaleza cuyo curso... se pretende siempre cambiar. Las fiestas barrocas se hacen para ostentación y para levantar admiración... Se emplean medios abundantes y costosos, se realiza un amplio esfuerzo, se hacen largos preparativos, se monta un complicado aparato para buscar unos efectos, un placer o una sorpresa de breves instantes. El espectador se pregunta asombrado cuál no será el poder de quien todo eso hace para, aparentemente, alcanzar tan poca cosa, para la brevedad de unos instantes de placer".[10]

8. Algo semejante ha ocurrido con la política y la sociedad. En virtud de que hemos confundido nuestra Historia con la Occidental, casi sin matices, pareciera como si de plano nos hubiéramos negado a tener una historia propia: a tener un destino. Como dice Leopoldo Zea: "El futuro de América es prestado. Se lo han prestado los sueños del hombre europeo... El hombre americano se ha venido sintiendo sin historia, sin tradición, a pesar de llevar a cuestas varios siglos. Falto de tradición el americano se pasa la vida en proyectos. Lo que ayer hizo no influye en lo más mínimo en lo que haga mañana. De esta manera es imposible la experiencia. Siempre se estará ensayando algo nuevo y este ensayo carecerá siempre de arraigo..."; "faltos de tradición, sin ideales propios, no nos importa ni el pasado ni el futuro. Lo único que nos importa es el *boy*. Un *boy* que nos permita vivir de la mejor manera posible. De aquí que nuestra política se haya transformado en burocracia. La política no es sino el instrumento para alcanzar un puesto burocrático que nos permita vivir cuando menos al día... nuestras revoluciones, nuestros ideales políticos degeneran en burocracia... no importan banderas, ideales, estos no son sino instrumentos para el logro de intereses personalísimos".[11]

El egoísmo, que así tiñe todas nuestras acciones, se generaliza, se vuelve desconfianza. Esta falta de confianza en sí propio se traslada a los demás. Y sobre un pantano de desconfianza no es posible construir una verdadera administración, una política auténtica. Todo se bastardiza, se degenera, se burocratiza. La política, en consecuencia, se enajena, pierde su grandeza, su aliento histórico y deviene ganapán.

9. Hemos hecho y escrito la historia calcando las categorías europeas y norteamericanas, trasladándolas sin más a nuestra realidad; en vez de proceder al revés: estudiar la realidad y, luego, deducir de ella las categorías que la explican y aclaran sin forzarla. ¿Son semejantes nuestras clases sociales a las europeas y norteamericanas? La respuesta, sin torturarnos demasiado, es negativa. La razón es simple: las sociedades y sus componentes, las clases sociales, tienen un origen histórico: "dime qué historia has tenido y te diré qué clases sociales tienes". ¿Cómo van a ser nuestras clases sociales iguales a las de los países occidentales si nuestra historia es la mezcla violenta de la porción no "moderna" de la Historia Occidental, del pueblo español, y de razas y culturas arcaicas con valores y pautas absolutamente distintas. Esto ha producido un panorama no sólo peculiar sino *diferente* en sus orígenes.

Es más: si las clases propietarias o las clases trabajadoras españolas son diferentes de sus homólogas francesas o inglesas, con más razón las nuestras, que son un producto de dos concepciones históricas radicalmente distintas. Y, sin embargo, todas nuestras disciplinas sociales han procedido como si las clases fueran iguales allá y acá. Como si, por ejemplo, la categoría "burguesía" pudiera aplicarse a los criollos primero y luego a los mestizos durante el siglo XIX, y el concepto "proletariado" a nuestros indios y castas, sin más trámite. Se trata, claro está, de visiones ideológicas que dejan fuera de cuadro nada menos que a la realidad. Es como si tratáramos de tomar una fotografía, no a una persona concreta o a un paisaje, sino a la idea que de ellos nos hemos hecho: aquello podría ser muy interesante, inclusive sería una fotografía, pero no de alguien o de algo, sino de su *fantasma* en nuestra propia fantasía, que habríamos invocado con el recurso de los lentes y filtros de la más avanzada tecnología.

10. Vuelvo a Paz. El poeta sostiene una tesis, en verdad muy sugestiva que, en este caso, viene como anillo al dedo: en virtud del fracaso de las revoluciones de Independencia que a raíz de la desintegración del Imperio Español no lograron crear Estados Nacionales auténticamente modernos, América Latina produjo un tipo de "regímenes bizarros", de "híbridos históricos", caudillismos en donde se mezcla el pasado indígena mítico y religioso con el pasado hispano – árabe, produciéndose ese tipo de personajes a quienes don Ramón del Valle – Inclán tipificó en su novela, a la que con afortunado tino expresionista llamó *Tirano Banderas*.

"El personaje de Valle – Inclán es monstruoso y, al mismo tiempo, es intensamente real. Es una realidad sin ideas, lo que

no quiere decir que sea una realidad estúpida. *Tirano Banderas* es la respuesta bárbara de la realidad latinoamericana a la miopía y a la ceguera de los ideólogos".[12] ¿Qué han hecho nuestros historiadores o científicos sociales con los *Tirano Banderas* de Latinoamérica? Los volvieron algo abstracto, confuso, difuso: humo ideológico al que llamaron falazmente "fascismo de la dependencia", con lo cual, ciertamente, hacemos un esfuerzo por parecernos al modernismo occidental (sin lograrlo, naturalmente). Paz concluye certero: "Debemos oponer a la originalidad monstruosa pero real de *Tirano Banderas* la originalidad humana de una política a un tiempo realista y racional. Tenemos una literatura y un arte, ¿cuándo tendremos un pensamiento político?..."

Habría que excluir de esa carencia, y por eso quiero recordarlo de pasada, al gran escritor peruano Francisco García Calderón, quien en un libro citado desde las primeras páginas de este ensayo, por muchos conceptos ejemplar pero, sobre todo, por su capacidad de síntesis: *Las democracias latinas de América*, sostiene una tesis por demás inteligente y aguda desde el título mismo de su libro: no se trata de la democracia en América Latina sino de las democracias latinas en América, "con lo cual afirma implícitamente que hay otra u otras democracias 'no latinas', acaso las sajonas, en América y que a esa o esas corresponden otros rasgos. Es evidente la duda en Tocqueville. Para García Calderón el tratadista franconorteamericano refleja un modo de ser democrático, no el nuestro".[13]

11. Regreso, pues, a la eterna dualidad que siempre nos acompaña: nosotros y nuestra inseparable compañera y sombra: el país formal y el país real, ¿quién es uno y quién la otra? Me viene ahora a la memoria un libro que allá por los cincuenta tuvo cierta repercusión: *L'amerique latine entre en scène* de Tibor Mende. En ese libro, naturalmente, se hablaba de México: "*Un pays qui n'a pas son pareil au monde*". Recuerdo un capítulo que me impresionó: "Newspeak mexicain", en el que Mende, jugando con el término de Orwell, sostenía que para entender el lenguaje público de México había que interpretar las palabras al revés: al oír blanco había que captar negro; valiente significaba cobarde, revolución contrarrevolución, desarrollo subdesarrollo, etc. Con esa sencilla clave podía entenderse, decía Mende, la jerigonza que habla oficialmente el país. Y Daniel Cosío Villegas, en su ensayo sobre el sistema político, habló, entre otras cosas, de la monarquía sexenal mexicana. Según Don Daniel, el presidente de la república tiene tal poder que, durante su mandato, más que presidente parece monarca. Esto mismo fue visto con hondura, a principios de siglo, por Francisco García Calderón: "Las guerras de independencia dieron al Nuevo mundo latino la libertad política, engañosa novedad de formas y de instituciones porque, latente, subsiste el espíritu de la raza: la República reproduce las normas esenciales del régimen colonial. En las ciudades sobrecogidas por el cosmopolitismo subsiste la vida antigua".[14]

O este texto más reciente de Leopoldo Zea: "En la segunda mitad del siglo XIX, al triunfar los partidos liberales en la América Hispana y lusitana, se inicia lo que puede llamarse la occidentalización de Iberoamérica, empezando por la adopción de sistemas educativos y políticos calcados de los países occidentales que les servían de modelo. Se adopta, en general, la filosofía positivista y un orden político que simula ser democrático apropiándose las cartas constitucionales de los Estados Unidos y Francia y el parlamentarismo de corte inglés. Pero se adoptará algo más: el espíritu discriminatorio que caracteriza al occidental. Se repudia no sólo el pasado ibero sino también el indígena y a los indígenas, tratándose de seguir los pasos del sajón en América. Y si no se les repudia abiertamente, al menos se considera a los indígenas como incapacitados para autogobernarse. Supuesta incapacidad que permite a los dirigentes del nuevo orden social, criollos o mestizos, adoptar extrañas dictaduras liberales; orden para el progreso o absolutismo liberal. Y en países como la Argentina, en nombre de la civilización y contra la barbarie, se seguirán los pasos de los pioneros norteamericanos limpiando la pampa de indígenas. Por lo que se refiere a países en los que la población indígena es más nutrida, como México, Perú, Colombia y otros más, se establecerán dictaduras partiendo de la consideración de que "el pueblo aún no es apto para el ejercicio de sus libertades".[15]

Estos ejemplos me permiten mostrar el permanente tránsito del ciudadano común y corriente entre la realidad y el deseo (como en el título del libro de Cernuda). Sólo la madurez y la coriacidad que da la experiencia histórica permiten ese trasiego cotidiano sin que se pierda la cordura. La gente oye el "extraño parlar" como quien oye llover, pero *hace como si* aceptara lo que escucha: simula. Aprendió a hacerlo desde tiempos remotos y, gracias a ello, ha sobrevivido. Nuestra gente sabe que "del dicho al hecho hay mucho trecho" y actúa en consecuencia. Como decía el dramaturgo Rodolfo Usigli: *gesticula*.

12. ¿Qué hacer, pues, con nuestra historia? ¿Acaso podemos decir a estas alturas: "saben ustedes que nos equivocamos y, por tanto, tenemos que empezar de nueva cuenta"? Eso no es posible. Ni siquiera en la vida de un hombre. Uno puede rectificar algunas conductas erradas pero no puede rectificar toda una vida. No se puede decir tranquilamente como en el ajedrez: "Me equivoqué. Inclino mi Rey y abandono la partida para comenzar una nueva en donde, tal vez, las cosas salgan mejor". Pero tampoco podemos actuar como si no hubiéramos cometido errores o, peor aún, como si todo hubiera sido un gran acierto. En ninguno de los dos casos existirían esos dos elementos esenciales en la vida humana y en la vida histórica: la conciencia y la experiencia y, entonces, seguiríamos tropezando con la misma piedra —el pasado— como si tal cosa. Sabemos que no puede desandarse el camino: simplemente tenemos que revisar nuestro recorrido de siglos con el mayor realismo posible y *asumirlo* con el máximo de responsabilidad. Tener la voluntad de *no* seguir cometiendo los mismos costosos errores en que hasta ahora hemos incurrido.

Ni la inacción que conduce al tedio, ni la actividad impulsiva o compulsiva que nadie sabe nunca a dónde va. En la historia hay que tener presente siempre estas dos interrogantes: de dónde venimos y hacia dónde vamos. Y, aun así, no puede garantizarse el éxito, pero, por lo menos, algo alejamos de nosotros el fracaso estrepitoso. El que no hace lo que tiene que hacer peca por carencia, es fabricante de nada; es un *fainéant*, dice Ortega. Ese "no hará lo que *tiene* que hacer, pero no lo suplantará con ningún otro quehacer positivo. Fabrica con los angustiosos sudores de su aburrimiento el vacío de todo quehacer. Esto no es falsificar la vida. Es simplemente anularla: practicar suicidio blanco."

Por el contrario, el que mucho se afana pero no en la tarea justa, ese se desliza por otro camino: peca por exceso, "falsifica su vida". "El hombre que trabaja en cualquier cosa soborna su conciencia vital, la cual le susurra que *no* es cualquier cosa lo que debería hacer, sino algo muy determinado"[16]. Y ¿qué es ese algo muy determinado? Ser uno mismo, contesta Ortega, en *Pidiendo un Goethe desde dentro*. "Ser sí mismo nos representa la caricia más secreta y profunda, es como si acariciaran nuestra raíz... como Nijinsky en *Scherezada*, sin preocupación alguna, apenas abierta la puerta de la prisión, damos el enorme brinco hacia la delicia de ser sí mismo. Vamos a palpar, temblando de placer, las morbideces del yo". En *interiore homini habitat veritas*, había dicho San Agustín...

13. Voy a tratar, por último, algunas cuestiones que estando presentes todos los días, tal vez por cotidianas las olvidamos, o no las vemos, a pesar de ser tan importantes. Por ejemplo: la cultura, o la civilización para ser más rigurosos, que engendró el protestantismo con el apoyo de la tecnología que la sostiene y difunde, se ha vuelto de tal manera aplastante que donde quiera que uno va topa con ella. O, dicho en otros términos, la cultura occidental ha dejado de ser una cultura para convertirse en *la* cultura universal. ¿Dejará el mundo de ser plural para volverse único, igual o muy semejante, encuéntrese uno donde se encuentre? ¿Es eso digno de celebrarse o, por el contrario, es para preocuparse? ¿No es esto una forma de regresar a uno de los temas más hondos planteados por el protestantismo contemporáneo, que arranca con Kierkegaard: el concepto de la angustia? ¿No es angustioso que vayas a donde vayas te encuentres siempre con lo mismo: los mismos sabores, las mismas películas, los mismos espectáculos, las mismas obras de teatro y sólo teniendo una voluntad a toda prueba quieras ver lo diferente: el Escorial o Chartres, Palenque o Machu Picchu, aparte de tu congreso o tus conferencias o tu negocio, en donde hablarás siempre la misma jerga técnica con las mismas gentes? ¿Era ese el objeto del Estado moderno, de la nueva ciencia, del Titán humano que igualaba a los dioses y que, inclusive, quería superarlos: enviando cámaras fotográficas en robots que toman fotografías desde distintos ángulos a Neptuno y que mandan luego las imágenes a la Tierra desde distancias astronómicas? A mí esto no sólo me tiene angustiado: me tiene aterrado. Y no sólo a mí...

14. Voy a relatarles una pequeña historia. "El otro día el doctor K. soñó que hacía un larguísimo viaje al Oriente lejano. Cuando por fin llegó al aeropuerto, más muerto que vivo, las autoridades migratorias, el taxi, el hotel de la misma cadena, la habitación: todo era igual a lo que había visto y vivido en Nueva York, Buenos Aires o Frankfurt, cuando representaba al Banco Mundial. K. se echó a dormir con ese mal sabor de boca y cuando despertó se dio cuenta de que, para su fortuna, estaba en su cama y que el viaje sólo había sido un mal sueño. Dio gracias a Dios y comenzó a hacer lo de todos los días: se rasuró cuidadosamente, se bañó gozando de cada gota de agua. Desayunó con su mujer haciendo planes rápidos para el próximo largo fin de semana y se despidió de ella enfrentando ya, mentalmente, su agenda. Tomó su automóvil y se dirigió al Periférico —idéntico a los periféricos de Caracas o de Chicago, y atestado como siempre. Ahí estaban los mismos grandes letreros verdes que había visto en las supercarreteras alemanas, con la misma gente preocupada, nerviosa y fumadora que hay a horas semejantes, en todas las grandes ciudades del mundo. Observó que las antenas parabólicas que brillaban a la luz del sol abundaban cada día más y que, con ellas, la gente podría ver los mismos programas y reír con las mismas bromas y reflexionar oyendo a los profundos predicadores y predicadoras que abundan en los múltiples canales de televisión. Cuando llegó al Banco donde trabaja y vio las largas filas de gente impaciente, pensó que el sueño del que acababa de despertar, era menos real que éste que ahora vivía. Si el doctor K. hubiera tenido tiempo para leer a García Márquez, en vez del *Wall Street Journal* y los larguísimos informes económicos que devoraba día tras día, hubiera podido pensar como el Gran Personaje ¿y ahora cómo salgo yo de este laberinto? Pero no lo había leído. En su oficina, con el tono más amable de voz que pudo encontrar en sus registros interiores, dijo a su secretaria fingiendo gran seguridad: ¡Josefina, hoy no estoy para nadie! y ya en su privado —como si hubiera pasado una mala noche— se quitó su fino y suave saco de franela, se aflojó el cuello de la camisa y el nudo de su elegante corbata inglesa, y se echó sobre su sofá oloroso a cuero. Cerró los ojos y, casi instantáneamente, se quedó dormido. Afuera, en la calle alguien que pasaba conversando animadamente decía:

—'cuando hubiera sido más fácil detenerse un momento y ponerse a pensar...'

Pero K. ya no lo oyó. Dormía profundamente y, otra vez comenzaba a soñar..."

## NOTAS

[1] De manera que la teoría de Worringer según la cual el barroco es "un gótico degenerado" se cae por su peso: por el peso del barroco.

[2] El ideal de vida a que aspiraba el protestante "*tenía más de 'vida recta' que de vida buena* y debía obtenerse en *el arduo cumplimiento de una rectitud, completa y visible*, como prueba de gozar de la bendición divina. *Vida que tendía a eliminar cualquier perplejidad y problematicidad en el orden práctico pero que dejaba intactas las dudas metafísicas. No tenía pues, ni el sentido antiguo de la existencia, medida en modo aristotélico y clásico con la vara del justo medio, ni tenía la humildad de la renunciación del santo medieval, ni la exigencia estética de la vida beata del ciudadano latino ni el individualismo burano y orgulloso del conquistador español; simplemente era la existencia de un hombre moderno, preocupado de moralidad y actividad creadora, sectario y misionero, pero con un sentido profético de la historia y de la misión del hombre en el mundo.*" Angélica Mendoza, *Fuentes del pensamiento de Estados Unidos*. México, El Colegio de México, 1950, pp. 28 - 29.

[3] J.L. Aranguren, *Catolicismo y Protestantismo como formas de existencia*. Alianza Editorial, Madrid, 1980. p. 39.

[4] Francisco García Calderón, *Las democracias latinas de América*. Caracas, Ayacucho, 1979. pp. 8 - 9.

[5] J. Ortega y Gasset, "Arte de este mundo y del otro", en *Obras Completas*, Revista de Occidente, Madrid, 1966. T. I. p. 188.

[6] *Ibid*. p. 33.

[7] O. Paz dice: "En el Siglo XVII, surge la nueva sociedad: la sociedad criolla, dependiente de España pero cada vez más autónoma. Nueva España es creadora original en la arquitectura, en el arte de gobernar, en la poesía, en el urbanismo, en la cocina, en las creencias". *El ogro filantrópico*. México, Mortiz, 1979, p. 33.

[8] "Después del renacimiento la historia de España pasó a América, y el barroco americano se alza con la primacía por encima de los trabajos arquitectónicos de José de Churriguera o Narciso Tomé. Para ello la primera integración de la obra de arte, la materia, la natura signata de los escolásticos, regala la primera gran riqueza que marcaba la primera gran diversidad. La platabanda mexicana, la madera boliviana, la piedra cuzqueña, los cedrales, las láminas metálicas, alzaban la riqueza de la naturaleza por encima de

la riqueza monetaria. De tal manera, que aún dentro de la pobreza hispánica, en la riqueza del material americano, de su propia naturaleza, la que al formar parte de la gran construcción, podría reclamar un estilo, un espléndido estilo surgiendo paradojalmente de una heroica pobreza". José Lezama Lima, "La curiosidad barroca" en *Obras Completas*, T. II, México, Aguilar, 1977, p. 319.

[9] De singular importancia es el ensayo de Arturo Warman dedicado al "Calendario de fiestas populares" que comienza con estas significativas palabras: "Hay quien caracteriza a México como una fiesta constante y aunque esté errado no anda del todo desencaminado... Casi podría asegurarse que no hay día del año en que en una o varias localidades del país no se celebre una fiesta o una feria" (En *Los Calendarios de México* T.V. México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1969, p. 31).

Para Warman la fiesta no es solo un convivio sino, también, una reunión mercantil. El lugar donde se lleva a cabo, mientras la fiesta dure, se vuelve un centro comercial. "En las fiestas se instalan mercados excepcionales que cumplen con esplendor las funciones asignadas a esta institución de intercambio. Muchos de los gastos especiales o suntuarios se reservan para estas ocasiones". Warman coloca, con razón, estos festejos dentro del complejo de la *economía del prestigio*: "En ella, el costo de algunos elementos constantes como las ceremonias religiosas, la música, la pirotecnia, la comida y bebida para grandes grupos o hasta para la comunidad entera, es absorbido por una o varias personas a través de la 'toma' voluntaria de cargos como la mayordomía; esta erogación ceremonial, que alcanza montos de consideración, es una de las instituciones más persistentes y ampliamente difundidas en el marco de la cultura tradicional. Si en el nivel personal el gasto en la organización de fiestas se traduce en la obtención de prestigio, *en un nivel más amplio se convierte en uno de los mecanismos más eficientes para mantener relativamente estable y uniforme la condición económica de los integrantes de una comunidad tradicional; esto se da porque canaliza los excedentes económicos en esta dirección, con lo que se consigue impedir o mermar su acumulación y posterior capitalización. La limitación de la riqueza y la relativa igualdad económica que implica, se encuentra entre los más eficaces medios de control social, sobre los cuales la comunidad tradicional funda su supervivencia, ya que estas impiden o frenan el surgimiento de agrupamientos clasistas y el proceso de disgregación que éste fatalmente implica. Esto se expresa... en la celebración de fiestas a las que se canaliza el excedente económico que, sin afán metafórico, se consume en fuegos de artificio*" (*Ibid.*, p. 32, subrayado mío).

En una primera y muy simple clasificación hay fiestas de dos tipos: las civiles y las religiosas. Las civiles no tienen antecedentes coloniales. Vienen del XIX, y sobre todo, del Porfiriato "tan dado al boato desmedido". Warman consigna, entre las más importantes, la del 15 de septiembre, los festejos dedicados a la Revolución Mexicana el 20 de noviembre; y después, las de la Constitución el 5 de febrero; el natalicio de don Benito Juárez el 21 de marzo; el día del trabajo el 1° de mayo y la Batalla de Puebla, el 5 de mayo; sin contar una más que se ha vuelto popular y productiva, comercialmente hablando, la del "día de las madres", el 10 de mayo.

Las religiosas tienen su origen en la época colonial y vienen de la tradición litúrgica de la Iglesia Católica, de los patrones de celebración de fiestas de España y las tradiciones particulares de las órdenes religiosas. Citando el *Calendario folklórico de fiestas de la República Mexicana*, compilado por Julio Sánchez García, y editado por Porrúa en 1956, Warman registra 1 326 fiestas anuales de esta naturaleza. Creo que estos datos lo dicen todo.

[10] J.A. Maraval, *La cultura del Barroco*. Barcelona, Editorial Ariel, 1975, p. 483.

[11] L. Zea, *América como conciencia*. México, Cuadernos Americanos, 1953, pp. 55, 56, 59, 60.

[12] *El ogro filantrópico*. p.p. 275 - 276.

[13] Cf. Luis Alberto Sánchez, Prólogo a *Las democracias latinas de América* de Francisco García Calderón. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979. p. XIV.

[14] García Calderón, Ibid. p. 7.

[15] Leopoldo Zea, *América en la Historia*. México, FCE, 1957, p. 184.

[16] J. Ortega y Gasset, "Goethe el Libertador" en *Obras Completas*, T. IV, pp. 421 - 422.

• *Este ensayo pertenece a la nueva edición del libro* La riqueza de la pobreza, *que será publicada ahora por la Editorial Cal y Arena.*



Cristóbal de Villalpando: *El dulce nombre de María*